
Poemas de Anna Ajmátova

Poema sin héroe

(Fragmento)

Al amor de las fogatas se templaban
las heladas navideñas,
por encima de los puentes volaban
las carrozas,
y la ciudad enlutada navegaba
hacia un destino desconocido,
por el Neva, o a contracorriente,
pero sí, abandonando a sus muertos.
Eran negras las bocas de los arcos,
cantaba la veleta en el Jardín de Verano,
y una luna plateada, brillante,
se helaba sobre el siglo de plata.
Y entonces por todos los caminos,
y entonces hacia todas las puertas
se acercaba, lenta, una sombra.
El viento arrancaba los carteles
de los muros, y el humo bailaba
en los tejados, y las lilas olían
a camposanto.
Y, maldecida por la zarina Eudoxia,
la ciudad, dostoievskiana y demente,
se escondía en su neblina.
Volvía a asomarse de las tinieblas
como un viejo petersburguense, calavera,
y la pena capital se oía
en el sonido de los tambores.
Y todo el tiempo, en el sopor helado
de la preguerra, lujurioso, amenazante,
se oía el paso del futuro.

Pero casi sin entrar en las almas,
se ahogaba en las nieves del Neva.
Como si el hombre se negara
a reconocerse en el espejo
de una terrible noche, y se llenara de furia.
Mientras tanto,
por el malecón legendario,
se venía acercando,
a despecho del calendario,
el auténtico Siglo Veinte.



33

Cinco poemas

En mi pecho izquierdo
él marcó con carbón
un blanco adonde disparar,
para soltar a la noche desierta
el ave de mi angustia.
¡Querido! Tu brazo no temblará,
no me toca soportar demasiado.
Saldrá el ave de mi angustia,
se sentará a cantar en una rama.
Y aquel que en su casa está sosegado
dirá abriendo la ventana:
“Reconozco la voz,
pero no entiendo las palabras”.
Y bajará la mirada.

Ah, creíste que soy como otras,
que a mí se me puede olvidar,
que, llorosa, caeré suplicando
a los pies de tu brioso corcel.
O que voy a pedir a las brujas
sus mágicos brebajes y filtros;
o te mandaré un terrible regalo:
mi secreto pañuelo perfumado.

Te maldigo. Tu alma ruin
no merece una queja, una mirada.
Pero juro por el jardín de edén,
y por el icono milagroso te juro:
contigo jamás volveré.

1921

Y sólo la luna maliciosa,
detrás del portal escondida,
me vio trocar
mi póstuma gloria
por aquella única noche.

Ahora me van a olvidar,
mis libros
se pudrirán en el armario.
El nombre de Ajmátova
no quedará
ni para una calle,
ni para una estrofa.

1946



¿Que me van a olvidar? —Ah, ¡qué sorpresa!
Ya me han olvidado cien veces.
Cien veces fui enterrada,
y me siento sepultada aún.
Mi Musa, ciega y sorda, en la tierra
como grano se reducía a polvo,
para luego, como el Fénix de las cenizas,
volver a brotar hacia el éter.

1957

Las trece líneas

Por fin has pronunciado la palabra...
No como otros, los que doblan la rodilla,
sino como alguien que, escapado de la prisión,
ve la sagrada sombra de los abedules
a través del iris del llanto involuntario.
Y entonces el silencio cantó en torno a ti,
y el sol iluminó la oscuridad,
y por un instante quedó transfigurado el mundo,
y el vino extrañamente cambió de gusto.
Y hasta yo, destinada a asesinar
a la divina palabra, me quedé callada
casi piadosamente, para dejar que siguiera
la bienaventurada vida.

35

1963

